
-NO HAY RELIGION MAS ELEVADA QUE LA VERDAD-

EL LOTO BLANCO

MENSUARIO TEOSOFICO

SUMARIO

AÑO XV NOVIEMBRE 1933 Núm. [illegible]

EL LOTO BLANCO

Organo de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

DIRECTOR
FEDERICO CLIMENT TERRER

REDACTOR-JEFE
JOSÉ DE VIA

CONSEJEROS-REDACTORES: D. Attilio Bruschetti, D. Juan Coll y March, D. Julio Garrido, D. Luis G. Lorenzana, Dr. Mario Roso de Luna, y D. Fernando Valera.

EL LOTO BLANCO se publica mensualmente en cuadernos que forman al año un volumen de cerca 500 páginas.

Precios de suscripción: España, 10 ptas. anuales.
Repúblicas hispano-americanas 12 ptas. anuales o 2 dólares.

Las suscripciones se pagan por adelantado, y en el caso de que los suscriptores no avisen en sentido contrario durante el primer trimestre del año, entenderemos que continua la suscripción.

PARA CORRESPONDENCIA RELACIONADA CON LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACCIÓN, GIROS, ETC. DIRIGIRSE AL APARTADO 954. BARCELONA (ESPAÑA).

Noviembre 1931 Núm. 179



MENSUARIO TEOSÓFICO

Órgano de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

La responsabilidad de los artículos firmados corresponde a sus autores y a los traductores en las traducciones.	Toda la correspondencia, giros, suscripciones y colaboración al Apartado 954. Barcelona - España.

La vida de Ramakrishna y la vida de Vivekananda

Por Arturo Montesano Delchi

(Conclusión)

El III tomo de la obra no está a la altura de los otros dos y es fácilmente atacable. Ello se explica : en los dos primeros el autor expone; en el tercero analiza, juzga y toma con frecuencia como punto de comparación a sí mismo, su ideología, sus sentimientos, punto débil de muchos críticos.

Por el conocimiento directo, personal, por nuestras experiencias psicológicas, podemos afirmar que la Vedanta no es una religión ni un sistema filosófico que pueda ser analizado y juzgado con un criterio puramente intelectual. Es una disciplina espiritual, mística si se quiere, de carácter puramente individual. Sería perder el tiempo decir al mundo : Aquí tienes un cuerpo completo de doctrinas que te conducirán a la cesación de todos tus sufrimientos, te darán la verdad, la libertad y la felicidad, en una palabra, lo que en lenguaje esotérico se llamaba la iluminación, la perfección y la liberación. Dos mil años de fracasos cristianos están allí para demostrarlo.

La Vedanta no es una doctrina, ni un conjunto de teorías o de hipótesis, ni una creencia de tipo más o menos eclesiástico. La Vedanta podrá ser todo eso pero es mucho más que eso. Es, lo repetimos, una disciplina personal, cuyas diferentes etapas están

bien estudiadas, bien marcadas, bien corroboradas por la experiencia de muchos siglos. La religión, como la filosofía y la ética, para que sean activas y constructivas, deben tener una finalidad, una meta clara y definida. Esa meta es alcanzar el Reino de los Cielos, ser uno con el Padre, como se dice en los Evangelios, es sentirse uno con la Vida Toda, con el Absoluto, es ser totalmente libre de todas las cadenas de la limitación, es sentirse capacitado no sólo de no hacer el menor daño a ningún ser viviente, sino de hacer todo el bien posible. Esa es la Vedanta. Con razón pues se la define la finalidad, la meta a qué aspira toda religión, toda filosofía, toda moral. Como método, permite penetrar en la ciencia de los Vedas, considerados como las escrituras sagradas más antiguas, más completas y más elevadas del mundo, fruto de las profundas meditaciones de centenares, quizás miles de Rishis, «los que vieron», los que con su intuición penetran en la esfera de la Vida, en la que se percibe la Unidad de la misma y se comprueba que todo lo que es manifestación, forma, fenómeno no es otra cosa que un fragmento expresivo de esa Vida.

R. Rolland, con una pasión de amante, con una claridad intelectual estupenda, servido por una erudición que asombra, con una facultad analítica y comparativa admirable—y quizás única entre los escritores modernos—nos ha dado una exposición bastante completa de la Vedanta, en particular la restaurada—y pedimos perdón por esta palabra—por Ramakrishna y Vivekananda. Su exégesis satisface las más perentorias exigencias del intelecto y de la razón. Pero R. Rolland no ha ido más allá de estas facultades y en eso está lo insuficiente de su obra. Momentos hay, en este tercer tomo, que parece estar oyendo a un Convencional del 93. Todo lo quiere someter al análisis de la razón. Lo que no resiste a este análisis no puede ser considerado como eficiente. R. Rolland se declara feligrés de la Religión de la Razón y olvida que esta frase, reflejo de una actitud mental, se ha construído con lo peor que tiene la religión y lo peor que tiene la razón. Más de un siglo de religiosidad y de ciencia racionalista ¿a qué nos ha conducido? A robustecer, apuntalar, a veces a justificar todos los excesos sensoriales que constituyen la parte negativa del ateismo y del materialismo filosóficos. ¿Cómo puede elevarse la razón a categoría de religión si ella, y R. Rolland lo sabe muy bien, no deja de tener sus fallas? Si se quiere una prueba hela aquí: con la razón no se ha podido destruir nunca la idea de la recompensa; pero los sistemas filosófico-religiosos de la India, desde la Vedanta al Budhismo, han podido fundar la más sublime moral precisamente elevándose por encima de todo racionalismo y demostrar científicamente, con los hechos, que es imposible alcanzar las altas

cumbres espirituales, la Unión total con la Vida, antes que se haya eliminado por completo de la mente, de la razón, del corazón toda idea de separatividad, de la que es hija primogénita la idea de la recompensa.

R. Rolland ha llegado algo tarde al conocimiento de estas doctrinas, más o menos a los 60 años. No ha tenido tiempo, pues, para asimilárselas por experiencia. Ni tampoco se halla dispuesto a emprender esas experiencias. El mismo lo dice : «...es demasiado tarde para que yo pueda aplicar esas lecciones a mi vida», (p. 72). Quizás haya en eso de la edad un error. Uno es viejo sólo cuando se cree viejo o cuando sabe que es viejo por incapacidad de acción. Tal no es el caso de un hombre que como Rolland, a los 65 años, nos da obras tan magníficas como la última. Más bien estaríamos inclinados a suponer que, agotadas ya todas las experiencias de la vida emotiva e intelectual, llena el alma de santo entusiasmo por ayudar a sus semejantes a que salgan de la miseria y del error, es éste el momento más preciso para emprender las disciplinas del *rajayoga*, alma de la Vedanta, que él bien conoce a juzgar por la exposición que nos hace. ¡Qué de maravillas nos descubriría y nos describiría después, él, que está tan bien dotado para esa auto-disciplina!

Pero no. La fuerza del pasado pesa sobre Rolland. El es un «libre pensador idealista», (pág. 66), se halla satisfecho con esa orientación y nadie tiene el derecho de intervenir en su actitud, por más que si tuviéramos que definir lo que significa aquello de libre pensador idealista, nos veríamos en gran apuro. ¿Qué es libre pensamiento? ¿Qué es idealismo? ¿Es posible ser libre pensador sin tener una especie de cartabón con qué medir todos los pensamientos que se nos presentan, los que nacen en nuestra mente y los que vienen de afuera? ¿Es posible ser un idealista sin tener siquiera una vislumbre de cual es el ideal que perseguimos? Arduos problemas que R. Rolland no nos podría solucionar sin meterse en alguna definición. Y en cuanto se mete en una definición, ¡adiós libre pensamiento y adiós idealismo!

Rolland sale de apuros apelando al recurso de las hipótesis. «Así que yo no busco, oh amigos europeos, probaros la verdad de un sistema que, por ser humano, es como los otros, una hipótesis. Pero lo que me interesa demostraros es la grandeza de esa hipótesis, y que, sea cualquiera su valor como explicación de la metafísica del universo, ella no está en desacuerdo, en la esfera de los hechos, con los últimos datos admitidos por la moderna ciencia occidental», (pág. 99).

Hermosas palabras, cuando uno quiere enlazar el pensamiento oriental con el occidental. Pero ¡a cuántas reflexiones se prestan!

La Vedanta es sí una hipótesis como etapa inicial. Deja de serlo, para transformarse en realidad interna y personal en sus etapas posteriores, cuando uno se somete al método a objeto de comprender experimentalmente, dentro de sí, la verdad enunciada en sus premisas. Si no estamos equivocados, es ésta también la actitud de la ciencia occidental. Luego, la concordancia de las dos—Vedanta y Ciencia—no está en su aspecto intelectual sino en sus finalidades. Ambas buscan la comprobación de un hecho admitido como hipótesis, y ambas se auxilian. La Vedanta es una ciencia en cuanto al método que emplea, y que emplea rigurosamente. La ciencia es una Vedanta en cuanto a la admisión, por vía intuitiva la mayor parte de las veces, de hipótesis que son anteriores a la comprobación, como si dijéramos lo precientífico de la ciencia, según la denominación de Faguet. Estamos pues muy lejos de «aprovechar sus descubrimientos sin renunciar a ejercer sobre ellos nuestra libre crítica», como sostiene Rolland, (pág. 92).

El error de todos los occidentales, y de ese error no se ha librado Rolland, cada vez que estudian doctrinas orientales, es el de pretender transformar hechos de naturaleza interna en hechos de naturaleza externa. De la misma manera que no se puede demostrar lo que es un dolor de muelas a quien jamás lo ha padecido, tampoco se puede demostrar la realidad de un fenómeno de orden interno si no se es capaz de provocarlo dentro de sí mismo. Es esta falta de lógica que ha dado origen a una ciencia bastante incompleta, llamada psico-fisiología, a la cual tanto culto rinde Rolland, que clasifica de anomalías y de morbosidades estados de alma que los psiquiatras y psicólogos no han conocido nunca personalmente. En buena hora ha venido el psico-análisis a reparar en parte esa gran equivocación; pero hay mucho que andar todavía para que la reparación sea completa. Lo más curioso es que el mismo Rolland reconoce (pág. 73) que «los orientales no esperaron a Freud para dar razón de estos hechos.»

Una demostración concluyente de que R. Rolland se ha colocado en un terreno inseguro para juzgar fenómenos de carácter místico, lo tenemos en el hecho de que al clasificar el *Yoga* coloca al *Rajayoga* antes del *Jñanayoga*. En las disciplinas esotéricas—y aseguramos al lector que estamos bien enterados de lo que decimos—éste precede a aquél. El *Rajayoga* es como si dijéramos la síntesis de los otros tres (*Karmayoga* o Yoga del deber, de la acción, del trabajo desinteresado; *Bakthiyoga* o Yoga de la devoción, entendida ésta como amor que se extiende a toda la creación; y *Jñanayoga* o Yoga del conocimiento, depurado por el discernimiento que separa lo efímero de lo permanente). No por nada se hace preceder a esta forma de yoga por el término *raja,* que sig-

nifica «real». Es, en verdad, el rey de todo yoga, el alma de toda la disciplina del yogui (1).

Se equivoca R. Rolland cuando define al *Rajayoga* «el método experimental psico-fisiológico para llegar a la Unión», (pág. 62). Por ese sendero ningún yogui alcanza su supremo anhelo. Lo que hace falta es precisamente poner en silencio—en el sentido de dominarlas—todas las funciones fisiológicas y psíquicas, en particular la mente que es su directora inmediata, por la práctica escrupulosa, rigurosa de la concentración y de la meditación, único camino por el que se llega a la contemplación de lo divino, como se dice en la mística cristiana. El método y la ciencia se emplean aquí, juiciosamente estudiados desde hace miles de años, para la mayor economía de tiempo y de energía, cosa que no se practicó en Occidente hasta que Ignacio de Loyola no publicó sus *Ejercicios.* Todo eso no lo ignora Rolland, puesto que habla de ello en un extenso capítulo. ¿Cómo explicarse pues la contradicción?

Esta actitud resulta aún más extraña si recordamos lo que escribe en la Advertencia del primer tomo. «La primera condición para encarar y juzgar y, si se quiere, combatir las religiones, es haber experimentado en sí mismo el *hecho* de conciencia religioso», (pág. 14). Y más adelante: «Yo no soy un diletante. Y yo no aporto a los lectores fatigados las razones de huír de sí mismos, sino de hallarse. Hallar el yo profundo, desnudo, sin careta, sin mentiras. Me he formado una compañía de aquellos que lo han buscado, sean ellos vivos o muertos y no me inquieto por los límites de los siglos o de las naciones», (pág. 18). Perfectamente: pero R. Rolland olvida que esas experiencias no se realizan por «el camino indirecto de la inteligencia», como él lo llama, (pág. 43). Y olvida también que hallar una buena compañía es un excelente estímulo, pero que nadie puede hacer el trabajo por nosotros.

En resumen: La decisión del principio ha ido lentamente transformándose en el autor. Cuando llega al tercer Tomo, el que se había acercado al místico templo de la Vedanta hindú se detiene. El occidental, con todas sus preocupaciones de ciencia y de razón reaparece en pleno vigor. Con sus propias manos ha cerrado el portal, y el lector, anhelando una palabra de aliento, se halla decepcionado. La Vida, lo Absoluto, el Infinito, el Padre, la Madre, Brahman, Atman, Dios, o como quiera llamarse, han desaparecido a un paso de nuestra visión. Sólo ha quedado, una vez más, el pensamiento manifestado, maya, la naturaleza visible que fatalmente lleva al materialismo árido y desconcertante. Involuntaria-

---

(1) Los tres primeros yogas pueden y deben someterse al control de la razón; el *Rajayoga* debe trascenderlo.

mente, uno se pregunta : ¿Deben estas cosas salir de los Santuarios—el Santuario de nuestro propio corazón—para ventilarse en juicio público, como cualquier tema científico, moral o jurídico?

La respuesta no tarda en venir. A pesar de su deficiencia, la obra de R. Rolland es magnífica y oportuna. Viene en buena hora para derribar una de las más formidables barreras que aún separan al Occidente del Oriente. Viene a demostrar que el dolor y el ansia de libertarse de él no conocen fronteras ni divisiones políticas, económicas, de casta, de credo o de raza. Todos sufrimos y todos protestamos por ese sufrimiento buscando por diversas vías libertarnos de él. Presentar pues al público occidental las grandes figuras de la India y presentarlas con todo el fervor, el entusiasmo de quien se ha sentido tocado por el fuego sacro, es un servicio que debemos agradecer a Romain Rolland. Los que están predispuestos ya seguirán por su cuenta la investigación.

Cuando el discípulo está listo el Maestro aparece, dicen los orientales. Cuando nuestra alma está madura, decimos los occidentales entrenados en estas doctrinas, nace en ella el Cristo, se ensancha la esfera de acción de la conciencia y surge el ansia de la Liberación que nada ni nadie podrá destruir.

Δ

Hay una manera creadora de leer.—EMERSON.

La beatitud del hombre la determina el deseo que tenga de Dios.

BOHEME

Si quieres realizar una obra magna, fórjate una grande alma.

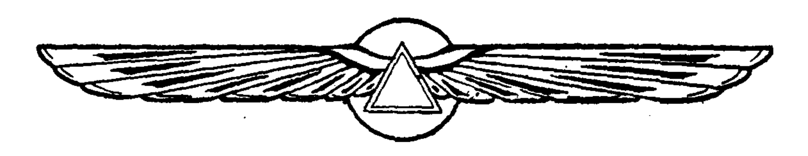
GOTHE

La virtud de un hombre no debe medirse por sus esfuerzos, sino más bien por lo que hace ordinariamente.

PASCAL

El que conoce a los hombres es hábil; el que se conoce a sí mismo es verdaderamente ilustrado. *

LAO-TSEN



LAS LEYES DE LA SOCIOLOGIA

PARA BIEN COMPRENDERLAS

CIERTOS idealistas dicen : «El mundo va mal, es preciso cambiar todo esto» y presentan para ello el plan previamente trazado. Lo peor es que nadie les sigue ni siquiera les escucha. Otros, pesimistas, a su vez declaran : «El mundo va como puede, por un lado bien, por otro mal». No hay porqué cambiar nada, los esfuerzos más heroicos son vanos, la historia bien lo puede probar, es más práctico el reservarse y abstenerse de todo intento, que el mundo con ello no irá peor.

Estos, son dos puntos de vista a los que yo llamaría «catastróficos». No es solución la utopía, como tampoco lo es la abstención total. ¿Qué hace el hombre de ciencia? Él, reconoce las fuerzas, las mide, y toma su orientación, que es obedecerlas para hacerse dueño de ellas. Para obrar, pues, sobre el curso de los acontecimientos, no es bastante el comprenderlos sino aceptarlos y no sólo con el intelecto, sino también con la intuición, la razón y la voluntad. El progreso no puede ser adquirido, ha de ser conquistado.

CONOCER las fuerzas cósmicas. OBEDECER las fuerzas para dominarlas. DOMINAR las fuerzas es hacerlas servir para el progreso del espíritu humano. He aquí el eterno ritmo de la lucha entre el hombre clarividente y la fatalidad ciega.

I. CONOCER

La Sociología es una ciencia moderna. Uno de los elementos que ella estudia es el hombre. El hombre se cree libre, ¿no es opuesta esta idea de libertad, a la de una ley verdadera necesaria siempre y para todo? Constantemente se ha tropezado con esta traba desde hace mucho tiempo.

J. J. Gourd ha demostrado que la ciencia ordena metódicamente lo semejante y deja a un lado lo incoordinable, que Gourd atribuye al dominio religioso. La coordinación estática, es la clasificación; la dinámica, es la ley. La ley no anula la realidad.

La ciencia en donde la vida está en juego, no tiene el rigor de las ciencias físicas o matemáticas. Sus leyes son más bien «constantes» y cuando la estadística se ocupa de ellas, comprueba un «margen» de orden estático; pero *dinámicamente* la orientación de las energías biológicas, fisiológicas y sociológicas es siempre fija. Es por esto por lo que se debe tener todas estas cosas presentes, si se quiere apreciar en su valor efectivo la relativa debilidad de las leyes sociológicas ante los casos concretos, del tiempo actual, como también su importancia insuperable al examinar los acontecimientos tan lejanos como elevados, para colocarlos en el conjunto y enlace de los mismos: la humanidad, tomando las líneas directrices del pasado histórico, del presente y del porvenir o la historia que se está haciendo y la que se hará dependiendo de nosotros solamente.

Conocer las fuerzas sociológicas, acentuar las que pueden conducir al progreso, y encauzar o hacer inofensivas las que son retrógradas, he aquí el problema tal y como se presenta para el hombre práctico, que quiere *conocer* para obrar.

Constatamos ante todo lo que *es* antes de deducir de ello lo que debe *ser*.

La biología nos dice que todo cuanto vive tiende a conservar o acrecentar su poder. Esta finalidad interna—cualquiera que sea su deficiente técnica—domina el estudio de los fenómenos biológicos. Por otra parte la psicología declara que todo individuo tiende espontáneamente a conservar y aumentar su poder espiritual. Los casos patológicos son excepciones que confirman esta regla, pues es por consecuencia de una ilusión cuando el psicópata destruye su poder creyendo aumentarlo. Sacando en consecuencia, que el filósofo y el hombre religioso afirman que es deber del hombre acrecentar el poder de su espíritu y ajustar lo individual a lo universal, la razón humana, variable y débil, a la Razón Divina Una y universal.

Hay que agregar que en el gran conflicto entre el hombre y la sociedad el blanco único es el hombre; el aumento de poder espiritual del hombre — la religión dirá : Dios en el hombre — y la sociedad no es más que el medio.

Los hombres se reunen en sociedad para que cada uno o todos juntos vivan en las condiciones más favorables al acrecentamiento del espíritu que el aislamiento y la lucha de todos contra todos —*homo homini lupus.*—A este blanco tan claro ante nuestra vista, podemos transponer sobre el plan social casi todas las leyes que la biología ha reconocido en el dominio de los organismos individuales. Y como el progreso de ellos se manifiesta por una *diferencia* y una *concentración complementarias y harmónicas,* por

lo mismo el progreso social se distingue por una *división del trabajo* constantemente impelida y por una *concentración* siempre más unida y graduada de los órganos sociales. Pero la diferencia fundamental entre la célula y el hombre—abstracción hecha de su propia conciencia—es que la célula «soporta» su «papel» si así pudiéramos decir, mientras que el hombre—por lo menos dentro de las democracias—lo acepta y lo «representa» voluntariamente. Él no solamente es la finalidad en sí, como dice Kant, sino la causa; él es el miembro del soberano, declara Jean-Jackes. En otros términos es el hombre que obra, el que trata de satisfacer las necesidades de su cuerpo y de su espíritu. ¿Se trata de una sociedad privada? Si él puede satisfacer mejor sus necesidades de otra manera, se apartará de dicha sociedad. Si se trata de la familia o de la nación, las condiciones para desembarazarse de sus trabas, son a buen juicio rendidas, de manera más honrosa. Pero el principio constructivo es el mismo. Hay que añadir que las necesidades fundamentales que la organización social está llamada a satisfacer, son tres : la seguridad, el orden y la subsistencia.

Seguridad, problema político. Orden, problema jurídico. Subsistencia, problema económico.

* * *

Estas consideraciones, nos suministran la clave de los fenómenos sociológicos que forman la trama de la historia. Resumamos brevemente las mismas :

a) OBJETO. — Conservación y aumento de las energías de la sociedad.

b) INDIVIDUOS. — El círculo de acciones (acciones del yo, sobre el no-yo material o social) y reacciones consecutivas (acciones del no-yo, sobre el yo) parte del individuo para ligar al individuo. En otros términos las *fuerzas* activas de los individuos tienden a satisfacer, por medio de la organización social y las trabas sociales, las *necesidades* de los individuos.

c) COSAS SOCIALES. — ¿Qué se entiende por esta frase? Lo qué son las «convenciones concretas»—convenciones sin las cuales no existiría una sociedad organizada, convenciones que destacan en asuntos visibles y palpables : límites territoriales, cuyos ocupantes son los ciudadanos, documentos o leyes escritas, etc.— y aún en cosas materiales transformadas para las necesidades del hombre : riquezas, en el sentido económico del término.

d) PRINCIPIOS. — He versado sobre las necesidades fundamentales, seguridad, orden, subsistencia. Cada una de estas necesidades da lugar a un principio que da la seguridad de la efi-

cacia social—o la excelencia de ella : principio de autoridad, principio de justicia y principio de economía — del esfuerzo. Estos principios reaccionan sobre los individuos y sobre todas las cosas en sí, de tal manera que, una integración, una concentración, una diferenciación y una jerarquía parecen hallarse inherentes en las cosas, y aun, la organización social en total, tiene una proyección cuyo oculto origen está en las necesidades y en la voluntad de los individuos.

La complejidad infinita de la sociología está en la desigualdad de sus procesos, de todas aquellas corrientes ocultas que la ciencia intenta desembrollar.

Pero donde el progreso aparece es en el contraste entre las sociedades primitivas y la actual civilización. Antaño : división del trabajo en total, como también cooperación sumaria y momentánea; egoismo individual de algunos jefes al acumular todas las funciones sociales; poca libertad y menos aun de influencia social por la parte de otros individuos.

En la actualidad : división del trabajo conforme a sus excelencias, concentraciones sociales en todos los dominios, y jerarquía de las funciones. En los cuad[illegible] cos de mi obra «La Loi du Progres en Biologie et en S[illegible]gie», no he anotado menos de ocho procesos embrollados tales como : concentración social externa (integración) e interna (unificación), diferencias sociales externas (división del trabajo) e interna (jerarquía), cada cual «ascendente» o «radiante». Siento el no poder aquí entrar en más amplios detalles.

* * *

Lo que complica mayormente el problema es la variedad de los aspectos, conforme a la necesidad fundamental considerada : seguridad-autoridad, u ord[illegible] iusticia, y aún subsistencia-economía. Mas lo que lo simpli[illegible]e, en cada uno de esos dominios, los procesos, los dinam[illegible] tienen las mismas leyes sociológicas. A cada título del cuadro 1.° sobre el progreso social que he resumido conforme sigue, se vuelve a encontrar en los tres cuadros siguientes.

Juzguemos por este sencillo esquema :

PROGRESO POLÍTICO

a) OBJETO. — Conservación y aumento de la fuerza de cohesión social.

b) INDIVIDUOS. — El individuo que soporta la autoridad, es libre de disponer de esa autoridad, consciente o inconscientemen-

te, por su acción sobre la opinión pública; en forma insignificante o considerable el sujeto es el ciudadano.

c) COSAS. — El *territorio* mientras que sostiene a los hombres que son los detentadores de la autoridad política.

d) PRINCIPIO. — *Autoridad* destinada a asegurar la seguridad y libertad individuales.

Dado el principio de autoridad ejercida sobre un territorio—tiene libertad igual de individuos y de comunes—cuanto más fuerte sea la autoridad central del país (fuerza extensa e intensa) más asegurada estará la fuerza de cohesión social.

Por el contrario, dado el particular caso de que los individuos pueden disponer libremente de su fuerza en su propia mira o por el bien social de su rango : común por ejemplo,—como autoridad —cuanta mayor liberlad local e individual haya, mejor estará asegurada su flexibilidad y por ello la fuerza de cohesión social.

PROGRESO JURÍDICO

a) OBJETO. — Conservación y aumento del orden social.

b) INDIVIDUOS. — Consciente o inconscientemente por su actitud y sus juicios, bien en forma ínfima o considerable, el individuo que está sometido a la ley, es legislador.

c) COSAS. — La *Ley* mientras que proyecten las energías reguladoras de los hombres, de manera que fijen las reglas que deben satisfacer a las necesidades de orden de la sociedad.

d) PRINCIPIO. — *Justicia,* expresión de la síntesis entre el orden lógico y universal y la equidad en los casos individuales.

Dado el principio de justicia, expresión de la necesidad de orden universal—toda cosa igual, por otra parte en lo que se refiere a equidad y con cuya equidad la ley da cuenta en casos particulares—, cuanto más lógica es la ley, más justa es.

A la inversa, dado el caso de equidad particular—igualdad de cosas en lo que se refiere a la lógica de los principios—cuanto mejor da cuenta la ley en los casos particulares, más justa es.

PROGRESO ECONÓMICO

a) OBJETO — Conservación y acrecentamiento de las fuerzas orgánicas de los individuos agrupados en sociedad.

b) INDIVIDUOS. — Consciente o inconscientemente no obra más que como distribuidor de la riqueza; el individuo que consume es productor.

c) COSAS. — Las *riquezas,* mientras haya proyección de fuerzas productivas con miras a satisfacer las necesidades orgánicas del hombre.

d) PRINCIPIO. — La *economía de la fuerza,* como mejor diríamos: los más efectos útiles por menos esfuerzos inútiles.

Dado este principio—de necesidades iguales satisfechas—cuanto menos esfuerzo gastado para crear o distribuir la riqueza, mayor es el progreso.

Por el contrario—a trabajo o esfuerzo igual—, cuanto mayor es el efecto, es decir, las necesidades satisfechas, mayor es el progreso.

* * *

No me es posible deducir aquí todas las leyes que se desprenden de estas constataciones. Sería demasiado largo para hacerlo en un artículo, básteme sólo indicar algunas de ellas.

En política vemos la importancia de la democracia — ejercida sobre un territorio no muy grande. A. L. Lowell, en su libro *Public opinion and popular government* subraya esta frase: «Los derechos de referendum e iniciativa forman las bases de la democracia directa. Ellos sólo permiten la educación política del pueblo por la sanción suprema de hechos resultantes del libre juego de las leyes sociales naturales». La crisis actual de la democracia es una crisis de educación cívica.

Por otra parte, la interdependencia no solamente económica, sino política de las naciones ha sido puesta en claro por la guerra mundial y concretada en la Sociedad de las Naciones. Proudhon predijo ya en 1863: «El siglo XX abrirá la era de las federaciones» y Woodrow Wilson en su libro «L'Etat» apercibió también las etapas del proceso: la confederación *(Staatebund)* y el estado federativo (*Bundesstaat),* con automático retorno a un regionalismo racional allá donde la centralización llegó a ser opresora.

Justamente, vemos la lógica evolucionar hacia la psicología y la metafísica de la responsabilidad en sí, transformarse en cuidado de la salvaguardia de la sociedad y del individuo — el «Culpable» de antaño deviene un «psicópata» que es preciso defender contra él mismo e intentar su curación. Mirada como una ciencia natural, el derecho aparece, por una pendiente insensible, tan real que los sueños de Hugo Grotius en 1625, siendo idealistas cuanto al «derecho natural», justificaban en sí el pronóstico de Gabriel Tarde, en *Les Transformations du Droit:* «La ilusión del derecho natural bien podría ser una profecía», la noción de igualdad misma tiende a librarse de la absurda concepción de una igualdad de hecho—que desmienten la fisiología y la psicología y que realizada sería el triunfo de la mediocracia—para encaminarse a la igualdad de derecho, en otro modo muy fecunda, puesto que pone la

flecha bajo el arco de los privilegios adquiridos, rígidas armaduras que traban el progreso social.

En fin, sobre el terreno económico, las leyes sociológicas resultan en línea recta con el cooperatismo. Ello no desagrada a ciertos polemistas más interesados que interesantes, el cooperatismo es propiamente la inversa del colectivismo: es la lógica prolongación del liberalismo. Allá donde el colectivismo impone aparte de los individuos una organización social opresora, allá donde el liberalismo excesivo diluye la sociedad en polvoreda de átomos, el cooperatismo es una organización económica fundada sobre la libre participación de los individuos. Lucha contra el monopolio en todas sus formas. La historia del cooperatismo en Francia durante la guerra, en Rusia durante la crisis bolxevique, el bienestar económico de paises cooperadores como Dinamarca, Inglaterra y Suiza nos muestran que los beneficios son más destacados allá donde los hombres de acción obedecen más aproximadamente las leyes de la sociología.

II. OBEDECER

Pero ¿podrán hacerlo siempre? Para querer es preciso saber y poder, ha dicho Campanella.

Esto nos lleva a examinar otro aspecto del problema: el de los tipos psicológicos. No hay que intranquilizarse. Esta digresión psicológica tiene por objeto conducirnos a un aspecto diferente, menos abstracto y más directamente práctico de las leyes sociológicas.

La concepción de la sociedad varía según los tipos humanos. ¿Cuáles son estos tipos?

Y aún más, la biología nos sugiere una doble constatación: los seres menos complejos son los más numerosos y viceversa. Por otra parte, los menos complejos aparecen los primeros en la historia; los seres más complejos son los más recientes.

O la fisiología nos muestra que los centros medulares y cerebrales se manifiestan y llegan al pleno funcionamiento en un don preciso: órganos de los sentidos, funciones de relación, cerebro funcionando no obstante de manera subconsciente con preponderancia de la intuición; después de forma reflejada, con preponderancia de la razón.

De donde los cuatro tipos, *sensoriales, imitativos, intuitivos* y *racionales,* los primeros serán en el mundo los más numerosos, el número de los que siguen habrán decrecido a medida que la complejidad se aumenta. De ello la historia debe presentar—efectiva-

mente, ya presenta—una evolución donde predominan uno tras otro los sensoriales: cazadores primitivos; los imitativos o convencionales: tribu patriarcal y ciudad antigua tal como la describe Fustel de Coulanges y donde reina la autoridad impuesta; los intuitivos: individualistas, revueltos contra la autoridad que les es insoportable; en fin, los racionales, quienes sobre el plan social, serán solidaristas, reemplazando el orden impuesto por el orden de la jerarquía libremente consentida. (A esta evolución filogénica responde la evolución ontogénica, la de la infancia). De su nacimiento a los seis años, el niño es un sensorial; de seis a doce, es un imitativo agregado al cuadro social (autoridad consentiva); en fin, el joven llega a un estado de libertad reflexiva y de solidarismo voluntario, ve predominar en él la razón, razón débil sin duda, pero que aspira a igualarse a la Razón objetiva e impersonal que le revela la ciencia, la filosofía y la religión.

Si de la sucesión pasamos a la simultaneidad, constataremos que nuestras sociedades se forman de una yuxtaposición de tipos, de adultos análogos, tan distintos entre sí como las tortugas y los elefantes, los gatos y los pájaros. Lo que sigue es simplificado y esquematizado pero resulta de las investigaciones numerosas que tengo intención de publicar próximamente.

Se hallan muchos *sensoriales,* para quienes el cuidado de su subsistencia y la persecución de las riquezas son los cuidados dominantes. Su moral es la del castigo y la recompensa. A veces nuestros paises occidentales presentan un número más elevado de *convencionales,* agregados al cuadro social que les es propio, cuidadosos, amigos de lo uniforme y de la uniformidad. Su moral es la del honor: asentimiento colectivo. No es necesario agregar que existen convencionales de derecha y convencionales de izquierda. Unos y otros son los guardianes fieles de una tradición; sirven de plan sólido a los sensoriales. Los *intuitivos* individualistas buscan su interés más allá de la realidad sensible. Estos son los inventores. En el plano social son o los revoltosos o los jefes sociales, educadores, o genios religiosos. Los liberales de la escuela de Adam Smith son individualistas: enemigos del autoritarismo, ellos no saben coaligarse. Su sociedad es un compacto de individuos, no un organismo. Son, no obstante, en el cuerpo social, una minoría, ésta es la minoría en que se hallan la clase de los jefes. Pero cuidado de los menos que adopten la palabra de Ledru-Rollin: «¡Yo soy su jefe y es preciso que yo les siga!» Pensemos más bien en las frases de Gustave Le Bon en *La Vie des Verités*: «Desde que los selectos siguen a las multitudes en lugar de dirigirlas, la decadencia se va aproximando. Esta ley de la historia no tiene excepción»; y también en esta gran verdad de Lucien Maury

(«Journal de Geneve», 30 de marzo de 1914): «Las civilizaciones mueren con la muerte de los selectos».

¿Y los *racionales?* Los racionales son más raros aún. Estos son los organizadores, los constructores, los grandes solidaristas. León Bourgois, Bougle, Guy-Grand han referido su historia. Son los sabios que apoyándose en los eruditos (imitativos) y en los inventores (intuitivos) reunen las dádivas de la ciencia en conjunto. Son los sabios de Platón.

III. DOMINAR

Esto me llevará al punto de suministrar la conclusión de mi asunto. ¿Cómo dominar las corrientes sociales? ¿Cómo utilizar las leyes sociológicas para este fin supremo, de organizar la sociedad con el fin de permitir al hombre conservar y aumentar su potencia espiritual?

La solución ideal sería en efecto la de la República de los sabios de Platón. Los racionales sirviendo de organizadores, los intuitivos asumiendo el papel de iniciadores y jefes, los convencionales formando la osamenta de la sociedad en la cual los sensoriales debidamente repartidos serían los maravillosos obreros. Pero aun estamos muy lejos de un sueño tan bello. Nuestra época se coloca en la historia hacia el final de la serie de la revolución contra la autoridad arbitrariamente impuesta. Renacimiento, Reforma y Revolución política, Revolución económica, ésta apenas bosquejada. Todos los moralistas, todos los psicólogos señalan la crisis de la autoridad que se extiende como un contagio. Es el signo del tiempo. Explica el advenimiento y difusión del socialismo. Pero además, tengamos cuidado. Hay socialistas sensoriales que ven en la «gran noche» ansiada, una simple ocasión de triunfo; hay socialistas convencionales, discípulos ortodoxos y autoritarios de Karl Marx o de cualquier otro jefe; los hay sublevados, francos agresores, incapaces de cohesión social, y hay también los socialistas solidaristas: los constructores, aquellos para quienes la frase de cooperación tiene su recto sentido.

Las viejas denominaciones de los partidos tales como derecho conservador y convencional, centro liberal e individualista, derecha solidarista o socialista no responderán en el futuro como realidades. Los estudios de R. Broda «La historia natural de los partidos políticos» (1903), los de M. Vauthier «Les partits politiques» (Revue de l'Université de Bruxelles, 1899-1900), de M. Ostrogoski «La democracia y los partidos políticos» (1912); de M. Michel «Zur Soziologie des Parteiswesen in der modernen

demokratie» (1911), muestran como, bajo las etiquetas comunes, se ocultan diversas tendencias, al punto que los llamados «radicales» temen, en el fondo, las soluciones radicales, que los que se llaman «conservadores» son los agentes más directos del progreso, que muchos «socialistas» predican las doctrinas destructivas de toda la sociedad. De la falsedad de las palabras, de la engañifa de las frases de orden, ¿quién nos dará garantía?

En el capítulo VII de mi obra *La Loi du Progres en Biologie et Sociologie,* que titulo «Le devenir social» he hecho un estudio del espíritu de las masas y el papel de los directores. Las masas y los directores de ellas son también realidades sociológicas. La fisiología sería vana si ignorase las células y los organismos. La sociologia no sería una cosa real si desconociese los tipos individuales.

* * *

A los constructores socialistas de mañana, quisiera pues recordarles las leyes sociológicas, formulándoselas como sigue:

Nada de soluciones hechas a fin de imponerlas a los individuos cualquiera que sea su país y grado medio de su civilización. Las leyes de la sociología son verdaderas en todo y por siempre, pero «bajo la cruz del tiempo y del espacio» como expresa Fr. Foerster, es decir, en un momento dado y en un lugar preciso, su expresión concreta podrá diferir un tanto.

A los sensoriales, conviene darles ante todo la salud del cuerpo: así, pues, a los trabajadores, no un mínimo de bienestar, sino una gran posibilidad de vivir bien. La organización económica mundial—podrá ser por el Consejo económico internacional del cual M. Edgard Milhaud ha bosquejado el plan—directamente encaminado a ello. Entonces estarán satisfechos y las reivindicaciones extremadas de los socialistas negativos—este es el caso—no tendrán razón de ser.

A los convencionales, conviene asegurarles la estabilidad del orden social. Ellos son más que ningún otro quienes reclaman la paz. Los acuerdos internacionales a ello conducen, y la paz social también lo haría. Entonces estarían tranquilos y las llamadas a la dictadura no serían necesarias.

A los intuitivos, es preciso desde el colegio, dejarles el campo libre, en vez de aplastarles bajo la férula de los programas y la rigidez de los exámenes que desconocen su naturaleza autodidáctica. Ellos servirán así mejor a la humanidad, bien como exploradores de la civilización, bien como directores de los convencionales, tomando su voz de mando cerca de los espíritus racionales

(no hay que confundirse con los racionalistas que abusan de la facultad de razonar para alejarnos de la Razón Una y universal.) Y así no se verá ya a la humanidad debilitarse por la muerte de sus caudillos.

En cuanto a los «sabios» su unión política y económica en Ginebra, la jurídica en La Haya, y próximamente en Roma, religiosa, y práctica en Estocolmo, en el verano de 1925, muestran que han tenido conciencia de sí mismos. Si la civilización no perece en una nueva conflagración universal, es a ellos ante todo a quien se deberá.

Los caudillos. Los hay en todos los medios, en todas las profesiones, en todos los oficios y en cada una de las categorías de tipos psicológicos. Lo que hay es algo más elevado que esto de la diversidad de tipos, y es el *hombre.* También hay una cosa más generalizada que las leyes sociológicas y es ésta la ley moral, como algo más profundo que las directivas de la ciencia, que es la llamada de la conciencia.

Voy a salirme un poco de mi asunto sociológico, pero no importa. Agrego: hay otra cosa más elevada que las religiones, la religión, el servicio—inconsciente o reflexivo—del Dios viviente.

AD. FERRIERE
Dr. en Sociología, Vice-presidente de la Liga Internacional para la Nueva Educación.

Traducción de María de D. de García.

❀

Definir claramente el origen de una cosa es determinar su evolución y su fin.

Contempla en tí, siente, piensa, se tú únicamente hasta el fin y hallarás en tu ser los tres mundos, el universo, todos los dioses y el supremo Dios.

SCHURÉ

▲

La mejor victoria es aquella que se gana sobre uno mismo. El de corazón esclavo será servil sobre un trono; el de corazón liberado se sentirá en libertad cargado de cadenas.

DUMAST



La Doctora Annie Besant, Presidente de la Sociedad Teosófica

Una mirada retrospectiva sobre su vida

Arreglando, hace unos días, el desorden de los libros en un estante de mi biblioteca, pasó por mis manos un folleto editado para conmemorar el cincuentenario de la vida activa y pública de tan extraordinario personaje. El retrato del autor, anunciado en la portada de los libros, ha entibiado, generalmente, mi interés en su lectura : rara vez la impresión producida por la fotografía correspondía a la valoración que yo había dado a la obra, si era buena, y, si no lo era, en nada se acrecía su mérito con que las facciones del autor fueran finas o bastas, alargadas o ensanchadas, aristocráticas o plebeyas. En este caso, sin embargo, en el que el retrato de la Sra. Besant aparecía en primera plana, se presentaba la excepción que corteja la regla general. Su expresión digna sin pretensión, enérgica sin dureza, bondadosa sin debilidad, aquella mirada, que tan fuertemente atrae, hacen comprender más intimamente el proceso histórico y la evolución psicológica de aquella grande alma, cuya labor repasé de un tirón sin posibilidad de interrumpirme.

La vida de la Sra. Besant es un símbolo, una síntesis : síntesis de cuanto hay de noble, de generoso, de valiente. Altiva con los poderosos, humilde con los caídos, en la vanguardia de cuanto eran reivindicaciones sociales para los que carecían de paladín que los defendiese; indiferente al aplauso, sorda a la diatriba, desligada de la calumnia como del elogio, llenó, con labor fecunda, los cincuenta años de su vida pública, cumplidos en Junio de 1924 y continúa, con irreducido esfuerzo, su gigantesca labor en pro del IDEAL de su vida «SERVIR A LA HUMANIDAD.»

¡Cuán variadas son las facetas de su actuación! Actividades sociales, educativas, políticas, religiosas; a todas atendía alternativa o simultaneamente aquella menuda mujer para quien bien pudo acuñarse la frase latina : «Multum in parvo.»

Empieza su carrera pública consagrándose a la defensa y propagación de las ideas socialistas : aboga, con la elocuencia de sus discursos y el calor de sus convicciones, por la libertad del pen-

samiento: domina como pocos, tal vez como nadie, la oratoria tribunicia y la oratoria didáctica y esta afirmación la recojo en fuente tan autorizada como la del gran dramaturgo inglés Bernard Shaw quien, en uno de los discursos pronunciados con motivo de aquel acontecimiento decía: «EN AQUEL TIEMPO ERA ANNIE BESANT EL MEJOR ORADOR DE INGLATERRA; TAL VEZ DE EUROPA. IGNORO SI AUN A SUS 77 AÑOS CONTINUARÁ EN AQUELLA PLENITUD DE FACULTADES; PERO JAMÁS OÍ A NADIE QUE LA SUPERARA Y, EN AQUELLA ÉPOCA A NADIE QUE SE LE ACERCASE.» De las tres sociedades que se dedicaban entonces al estudio y difusión del Socialismo, escogió la «Fabian Society». Su utilidad consistía en que desplazaba el estudio del programa socialista, del plano especulativo, elevándolo a un programa político-práctico, cimentado sobre una base constitucional. Su objetivo era hacer del Socialismo un partido político tan adaptable a la vida nacional como el Liberal o el Conservador. Una vez encarriladas sus aspiraciones y terminado el período de adaptación con sus luchas y sus heroismos, que eran la tónica de su vida, se retiró de la brecha derivando sus actividades por otros cauces. Organizado el trabajo de la Sociedad y provista de quienes lo desempeñasen, no podía interesar a Annie Besant quedar como muelle de segunda clase en aquel engranaje.

Nuevas campañas, en favor de lejanísimos ideales, solicitaban su atención. Caballero andante en defensa de su Dama, — sus Ideales — se asomó a los bajos fondos sociales y vió que las masas que los constituían estaban tiránicamente explotadas; que los beneficios exagerados que obtenía el capital se hacían sobre las ruinas de una humanidad que se depauperizaba y moría por inadecuada retribución al trabajo prestado y, ella sola, minúsculo David retando al Goliat del capital, salió a la palestra llamando a combate singular a valores e intereses secularmente establecidos. La razón social Bryant & May, dedicada a la fabricación de cerillas, estrujaba a las pobres muchachas que allí servían: vió la injusticia: no se detuvo a considerar contra quien levantaba la bandera de la protesta, sino que, con indomable valentía y constancia dió la batalla, sola contra todos. Aquellas circunstancias variaron; los salarios se aumentaron; las condiciones en que se hacía el trabajo se humanizaron, se mejoraron y la Casa es hoy un modelo de organización socialista.

Deshecho aquel entuerto volvió su atención a los explotados conductores de los omnibus urbanos. Entre los miles de empleados de aquellas extendidas redes, nadie se sintió capaz de abordar el problema de sus reivindicaciones: ella se ofreció a aquellas masas

de hombres, sola, sin valimiento, sin más apoyo que el que le prestaban su alma grande y su FÉ más grande todavía.

Nueva cruzada a favor de los obreros de los muelles de Londres. Como dijo el diputado Sr. Ben Tillet, en su contribución al homenaje que comento, allá fué una mañana de invierno de densísima niebla londinense y dirigió la palabra a más de 6.000 obreros de los cuales apenas podía ver los seis que más cerca de ella se encontraban. Pero rompiendo la cerrazón de la niebla llegaban al auditorio palabras de Amor, de tierna maternidad, de ánimo, de esperanzas, de alegría que confortaban a aquellos sufridos explotados.

Llegó su turno a los mineros de Northumberland y Durham. Quiso estudiar el problema sobre el terreno y allí dormía en sus chozas, se sentaba a sus mesas, aceptaba como medio de regalado transporte el hacer viajes de diez y más millas en carromatos sin muelles para dar conferencias a los mineros que apenas podían comprenderla; pero lo que no entraba como comprensión para sus inteligencias, se insinuaba como efluvio de amor para sus corazones. ¡Cuán emocionante era oirle referir el cuidado que tomaban de ella aquellos hombres, rudos mineros, y la maternal atención que le prodigaban sus mujeres!

Vino en 1877 una de las más duras pruebas. En las luchas empeñadas hasta entonces no tenía como frente de combate sino alguna sociedad o compañía que aunque aprovechando el peso de los intereses creados y secundados, aunque a distancia, por los que veían la posibilidad de un perjuicio para sus beneficiosas circunstancias actuales, no ofrecían sino un frente más o menos limitado. En su nueva cruzada sabía que concitaba contra ella la oposición más violenta de la parte más poderosa, numerosa e influyente de la Sociedad sin que pudiera esperar que en su defensa llegasen los muy pocos que, sin atreverse a manifestarla, sintiesen alguna simpatía por ella. En aquel año cayó entre sus manos un opúsculo de un Doctor Norteamericano, escrito en 1833, en el que se abogaba por el derecho a la limitación de la natalidad cuando las circunstancias así lo aconsejasen. El opúsculo no había llamado la atención oficial en los 44 años en que se venía vendiendo. Su venta se hacía por un impresor de obras de libre-pensamiento. Sin poder esperarlo, se encontró un día el buen impresor acusado como vendedor de un libro «obsceno». Dada la respetabilidad y buena conducta del impresor se le absolvió bajo promesa de que cesaría en la venta de aquel librito. La Sra. Besant y el Sr. Bradlaugh vieron en ello el primer paso para la prohibición de una discusión sobre asunto tan vital para la humanidad. Conocían sobradamente, por haberla visto de cerca, la apabullante proporción

en la mortalidad de los niños entre las clases menesterosas y la desgarradora lucha diaria a que estaban sometidas miles de familias por la necesidad de sostener las muy numerosas sin los medios para conseguirlo. Decidieron reeditar el libro y avisaron a la policía que serían ellos quienes venderían los primeros ejemplares. Fueron detenidos, los ejemplares confiscados y ellos juzgados por el Tribunal Central Criminal. El fiscal, a una petición «para mejor proveer» contestó que «El objeto de aquel opúsculo era legítimo al fomentar el conocimiento sobre asunto de interés humano.» Se había adelantado a su tiempo. El Jurado decidió que aquel libro debilitaba las ideas morales y no fué ligero triunfo el que dejase a salvo la honorabilidad de los acusados al intentar su publicación. Estos declararon que nada les detendría en el camino emprendido. Después de un forcejeo entre el Juez y los acusados, en el que se mostraron éstos irreductibles, enojado el Juez por su resistencia, los declaró culpables pero concediéndoles libertad bajo fianza de 2.500 pesetas. Posteriormente se anuló aquel fallo; recobraron los acusados los ejemplares recogidos y pudieron venderlos en totalidad sin hostilización alguna. Agotada la edición la Sra. Besant escribió un nuevo librito, de mejor gusto, aunque basado en los mismos argumentos, abogando por la limitación de la natalidad. Se publicó sin oposición. Pero cuando todo parecía tranquilo fué demandada la Sra. Besant por su marido, fundándose en que en aquel libro se declaraba su esposa como ateo y pidiendo que, en su vista, se le privara de la custodia de su hija. En este punto concreto se falló de acuerdo con el demandante, declarándose que una mujer casada no puede conservar los hijos en contra del derecho ejercitado por el marido. Sobre la cuestión del control de nacimientos la opinión pública se mostró dividida y, al final, la Cámara de los Lores adoptó un acuerdo en el sentido de que «debía hacerse llegar a conocimiento de los pobres los medios conducentes a obtener aquella restricción, ya que estos medios eran conocidos y utilizados por los ricos.» Fué un éxito rotundo contra una opinión pública completamente hostil al principio.

Su labor política ha sido formidable. Empezó reclamando educación gratuita y obligatoria para todo el mundo; alimentación gratuita para niños hambrientos; obtuvo un puesto en la dirección de una Sociedad filantrópica en los barrios pobres, extremos, de Londres para recabar que los niños que acudían obligatoriamente a las escuelas y que, por falta de medios, llegaban sin haber tomado un desayuno en sus casas y que determinaba en algunos casos que se desmayasen por inanición en el curso de la mañana, fueran socorridos con algun refrigerio a hora conveniente. Se sintió defensora de las Nacionalidades oprimidas escribiendo un libro

muy interesante sobre «Inglaterra, la India y Afgahanistan»; siguieron en 1878 varios artículos sobre las injusticias cometidas por los Gobiernos de la Metrópoli en la India y, desde 1883 a 1887, estuvo constantemente en la brecha para la defensa de todo derecho conculcado y de toda arbitrariedad no combatida.

Su labor más constante en los últimos años ha sido en favor del «Indian Home Rule» dentro del Imperio Británico. Su primer aspecto fué religioso, resucitando las religiones orientales y recomendándolas al respeto y a la protección públicos. Como recompensa a sus esfuerzos obtuvo el título de Doctor de la Universidad de Benarés. Sus campañas culminaron en su encarcelamiento durante tres meses en 1917; siguió una vastísima agitación por todo el territorio; la declaración del Gobierno Inglés prometiendo la libertad para la India; el perdón de los encarcelados; su elección como Presidente del Congreso Nacional Indio; un proyecto sobre República en la India y tantas otras actividades que sería dificil de relatar, sin omitir alguna, fueron el campo de acción constante en el que se movió tan protéico personaje.

De su labor al frente de la Sociedad Teosófica es innecesario hablar pues cuantos pertenecemos a ella y seguimos sus estudios debemos a la Sra. Besant la orientación que nos dirige, la enseñanza que nos ilumina, el estímulo que nos actúa y la admiración que su conducta, noble y grande como pocas, nos ofrece.

Otra manifestación del pluralismo de la Sra. Besant es su cooperación para la difusión en países sajones y otros, del movimiento Co-masónico. Tuvo la Co-masonería su origen en Francia con la constitución de la Logia «Le Droit Humain.» De allí lo transplantó la Sra. Besant comprendiendo la importancia que tenía para el mundo el robustecer el pie de igualdad en el que se iba colocando la mujer respecto al hombre. La característica de este movimiento es dar los mismos derechos, exigir la misma responsabilidad y llegar a una más completa comprensión de la psicología masculina y femenina, como valores complementarios, fundidos en un denominador común de Amor y Sacrificio. Deben prepararse en esta dirección los que en esta actividad militan, crear en sus trabajos en las Logias una fuerza mental tan potente como sea posible y que luego irradiará en la vida familiar, provincial, nacional y mundial llevando ese fermento que ha de regenerar el mundo. Fundidos en el común trabajo de las Logias es como aprenden las mujeres las dificultades del arte de dirigir y gobernar, el dominio de las emociones, singularmente femeninas, en los debates, dando a las discusiones la altura e impersonalismo que les corresponden y los hombres aprenden dulzura que no excluye la firmeza, tolerancia compatible con la justicia. Y este mo-

vimiento que vive desde hace ya algunos años en España es heraldo de más íntima Fraternidad y segura indicación de una evolución más rápida y perfecta.

Estos son, en breve exposición, algunos de los aspectos de la vida de nuestra Presidente que nos ilumina y que mueve nuestra admiración.

Sepamos no circunscribirnos a esa contemplación admirativa, sino que su ejemplo nos decida a imitarla, aún dentro de la enorme distancia que nos separa, en el camino que tan generosamente nos ha señalado. R. M. M.

LA GRANDE ESCRITURA POLICROMA

Por medio de la clarividencia, se ve un color cuando se produce una nota; esto lo han experimentado todos los que han desenvuelto el sentido astral de la vista. Muchas son las personas que lo están desarrollando hoy en Occidente.

Hay una cosa extraña de la que no he oído hablar en la India, y que se encuentra en Egipto. Es posible que no sepáis que algunos de los libros antiguos de Egipto estaban escritos con colores, no con formas de letras como en el sánscrito, que es la lengua de los dioses.

Muchos libros egipcios, que servían para el estudio de discípulos de Ocultismo, no estaban escritos con carácteres, sino con colores; la comprensión de éstos entre los antiguos egipcios, les vino de sus Sacerdotes Iniciados, que eran en realidad grandes Adeptos, como los Adeptos de la India. Es muy significativo que, cuando se ordenaba transcribir un Libro Sagrado, y los colores eran de algún modo cambiados, se castigaba con la muerte al copista.

En tiempos menos remotos, sólo sabían que este empleo de los colores era una costumbre que procedía de los grandes sacerdotes. Continuaban con la costumbre después de haberse perdido el significado que tal costumbre entrañaba. El verdadero significado era, que mientras el profano leía sólo las formas escritas, el Adepto leía los colores; lo que significaba una cosa con las letras, tenía otro sentido para el Discípulo de lo Oculto con los colores que cada letra tenía; de manera que se podía publicar un libro que para los no iniciados encerraba el conocimiento escrito o hablado; pero el Adepto que lo leía adquiría conocimientos en que sólo a los ocultistas era dado penetrar, pues leía colores y no formas; y cada letra, por su propio color, tenía para él un significado oculto. De este modo fueron conservados los secretos de la antigüedad sólo para los Iniciados, quienes después de la Iniciación, podían hacer suyos los conocimientos antiguos; y este orden de cosas continua todavía, aunque, por supuesto, oculto.

El lenguaje de los colores es uno de los grados de la educación oculta; cuando el discípulo lee en colores y adquiere la enseñanza por las sensaciones de los diferentes colores, aprende a utilizarlos para el dominio de las fuerzas llamadas devas.

Annie Besant



EL CULTO CAODAISTA

SUS RITOS Y SUS SÍMBOLOS

Una nueva religión acaba de surgir en Conchinchina y en Indo-China: el Culto Caodaísta, altamente espiritual, que contiene los principios éticos y morales del Confucianismo, del Cristianismo, del Taoismo y del Budismo impregnado empero de la característica del moderno metapsiquismo y de la teosofía. Las enseñanzas de los Seres Superiores son transmitidas por médiums o vehículos humanos debidamente preparados.

De la conciencia sustentada por el hombre con respecto al Dios que lo ha creado, ha nacido el sentimiento de la adoración.

El conjunto de actos mediante los cuales testimoniamos a Dios este sentimiento de adoración, constituye lo que nosotros llamamos culto.

Lo mismo ocurre con el culto caodaísta practicado diariamente en oratorios como en mansiones privadas cuatro veces *(tù thoi)*: a las 6, a mediodía, a las 18 y a medianoche.

Prosternados ante el divino altar, elevando nuestra alma hacia el Ser Supremo, empezamos cumpliendo el rito de ofertorio del incienso *(nièm huong)*.

Sigue luego el de apertura de las plegarias *(Khai kinh)* cuya fórmula puede traducirse así:

«Por cima del Océano del humano dolor, cuya inmensidad se pierde entre agua y cielo, ya el Astro del Día apunta por Oriente.

»El Augusto Instructor Thài-Thuong-Dùc-Ong (1) obtuvo el mérito de ayudar a la salvación de la Humanidad.

»Las Tres Religiones enseñan, como base de sus doctrinas, la práctica del bien y de la virtud.

»El Sabio Confucio trazó claramente el Sendero del Justo Medio.

»El misericordioso Buda predicó la devoción y la caridad.

---

(1) Lao-tseu.

»La doctrina taoísta prescribe el culto de la verdad y la disciplina del carácter.

»Así pues, un mismo tronco ha dado nacimiento a tres ramas similares.

»¡Que el hombre penetrado de esta verdad profunda se purifique de corazón para recitar las santas plegarias!»

Cumplidas estas formalidades, nos disponemos a entonar en coro un cántico a la gloria del Señor, seguidos de tres más en honor de los Tres Santos (1).

Tal es en toda su simplicidad, el ritual del culto cotidiano.

En cuanto al divino oficio celebrado en los oratorios durante los días de magna ceremonia, comprende un más imponente ceremonial.

Los dignatarios de sexo masculino en hábito de ceremonia cuyo color se halla determinado por la rama a qué pertenecen (2), se prosternan, por hileras transversales, sobre el lienzo tendido ante el divino altar, todos de frente. A su derecha y ante el altar de Quan-Thanh-Dè-Quan, se arrodillan sobre otro lienzo los adeptos del mismo sexo *(nam-phai)*, todos de blanco y tocada la cabeza con el tradicional turbante negro.

A la izquierda, frente al altar de Quan-Am-Bô-Tàt, se prosternan, en las mismas condiciones que sus correligionarios de la derecha, los adeptos del sexo femenino *(nû-phài)* también de blanco. En cuanto a sus dignatarios se distinguen por la forma especial de su indumentaria.

Las plegarias son doquiera las mismas. Pero en este lugar se pronuncian acordadas a un ritmo musical y recitadas según la dirección proferida por los maestros de ceremonia *(le-sanh)*.

Se nos reprocha la inútil absorción en las largas ceremonias alegando que el tiempo consagrado a esta obligación debería estar mejor empleado.

Nosotros reconoceríamos el fundamento de este reproche si las plegarias que practicamos consistieran en un monótono recitado de palabras ininteligibles que excluyeran el pensamiento del corazón. Pero practicadas con inteligencia, fervor y energía llena de unción, la plegaria, acto de fe, es no solamente un acto fervoroso, sino un abrir del corazón, un elevado esfuerzo para impulsar el alma hacia el Ser Supremo.

En el actual estado de su evolución religiosa, la masa de fieles caodaístas necesitan adquirir una dosis de voluntad que les per-

---

(1) Confucio, Lao-Tseu y Buda.

(2) El color amarillo simboliza el Budismo, el azul el Taoismo y el rojo el Confucionismo.

mita resistir a las tentaciones materiales en todas las circunstancias y rodearse de un ambiente puro que aleje de su inmediación las ideas insanas y las inferiores influencias del espacio.

Esta voluntad, para ser eficaz, debe sostenerla la fe. Por tanto, la persistente práctica de la plegaria fortalece en ellos esta fe tan preciosa mientras les permite atraer, mediante la pureza de su corazón las fuerzas protectoras del Más-Allá.

Por otra parte, nada existe tan maravilloso y sublime como penetrar dentro de uno mismo, olvidando cada día, durante algunas horas de ruego ferviente, el mundo y los negocios para elevar el pensamiento hacia Dios departiendo con Él a solas.

Tal es el objeto de la plegaria que deben practicar diariamente los fieles neófitos. Mañana, elevados un grado más en su evolución, sabrán conducirla a su forma interior y abstracta: *la meditación*.

Desde el punto de vista invocatorio, rogamos por las personas enfermas y desgraciadas para las que pedimos a Dios, no el disfrute de terrenales bienes ni de personales intereses, sino el restablecimiento corporal, el favor del apoyo moral y oculto que les permita sufrir sin desfallecimiento una prueba o consecuencia kármica.

Rogamos igualmente por todos los que sufren, por los desdichados, sobre los que invocamos la protección divina.

Así realizada, la plegaria constituye una de las prácticas necesarias para la salvación de las almas.

El culto caodaísta, considerado aparte de su valor como acto de adoración, encierra un simbolismo que sólo a título de indicación explicaremos someramente a los lectores.

La disposición del altar tal y como lo describe G. Coulet en la «Revue Caodaiste» no es más que el símbolo de la fusión, en la unidad de las cinco ramas del Gran Sendero (*Ngú-chi Dao-Dao*). Pero los objetos culturales, las ofrendas, etc. contienen un sello secreto, un sentido simbólico.

Los OBJETOS DEL CULTO.—En medio del altar permanece perpetuamente encendida una lámpara de cristal esférico (*Thrài-Cuc-Dang*) simbolizando la Mónada Universal (*Thài-Cuc*).

En el origen de las edades, según creemos, el Universo se hallaba constituído por la Mónada que es el Alma Universal, la forma no-manifestada de Dios.

Por sus manifestaciones, la Mónada manifiesta sucesivamente sus dos aspectos masculino y femenino [1] (*Luông-Nghi*) represen-

(1) Que equivale a lo que los teósofos llaman la primordial separación entre Espíritu y Materia.

tados sobre el altar por las dos piras encendidas (*Luông-Nghi-Quang*).

Las ofrendas.—Las ofrendas de flores, de alcohol y de te simbolizan respectivamente los tres elementos constitutivos del ser humano : el *tinh*, el *khi* y el *thân*.

El *tinh*, como su nombre indica, es la esencia de todas las materias, el esperma cósmico, sin el cual ninguna vida tendría manifestación. Es la energía sexual del hombre y del animal y la virtud generativa de la planta. Por su evaporación el *tinh* que reside en el hombre, constituye la parte grosera del doble etéreo. Es, al cuerpo periespiritual lo que la carne al cuerpo físico.

El *khi*, que literalmente quiere decir soplo, aire, representa en el hombre la energía vital, la salud, la fuerza. Es el agente que une el alma al cuerpo físico que vivifica.

El *thân*, principio inteligente, es doble en el ser humano : el mental superior (*duong-thân* o *hôn*) es el divino Espíritu en el hombre; el mental inferior (*am-than* o *phach*) es la parte más sutil del periespíritu.

Convertir la energía sexual en energía vital (*luyên-tinh hôa-khi*), la energía vital en energía mental (*luyên-khi hôa-thân*), la energía mental en fuerza espiritual (*luyen thân hôa-linh*), tal es el proceso de la mística purificación de los tres elementos constitutivos del ser humano.

En cuanto a las varillas de incienso que quemamos en cada ceremonia, son, invariablemente, en número de cinco. Este número simbólico representa los cinco grados de la Iniciación :

1.—*Giài-Huong* : la pureza (Shila).
2.—*Dinh-Huong* : la meditación (Dyana).
3.—*Huê-Huong* : la sabiduría (Prajna).
4.—*Tri-Kiên-Huong* : el conocimiento superior (Djnana).
5.—*Giai-Thoàt-Huong* : la liberación kármica (Apavarga).

Para ser admitido en el umbral de la Iniciación, la primera condición impuesta al adepto es la pureza en todas sus formas : pureza de cuerpo, de acto, de palabra y de pensamiento.

Una vez el umbral franqueado, se adiestra en la meditación. Por el ejercicio espiritual, el adepto cuyo pensamiento y cuyas sensaciones se aislan del mundo de los sentidos, remonta su alma hacia el Yo Superior con el cual establece relación íntima. En la compenetración de este recogimiento interior llevado hasta la más completa abstracción y en el cual el alma humana intenta identificarse con el Alma universal, las verdades lucen poco a poco en el espíritu del adepto sin que nada del mundo pueda ya sugerirle engaños aparentes e ilusorios.

En un más alto grado de ascensión siente en su ser el pleno despertar de la Conciencia Superior que le permite entrever todas las eternas verdades y abrazar, sin el menor esfuerzo, todo el pasado y el futuro.

En este estado de suprema sabiduría puede contemplar, sin deslumbrarse, la Luz divina, lumbre que purifica, aclara y santifica.

Entonces se abre el sendero de salvación: la Liberación kármica.

BAO PHAP

(Traducción de *Astrosophie* de Marzo 1931 por Pepita Maynadé.)



ASTROLOGÍA

I

La Astrología o ciencia de las estrellas, tiene por objeto el estudio de las relaciones que existen entre los astros y el hombre, o lo que le rodea.

Esta ciencia está basada en la observación profunda de la naturaleza y cimentada en las influencias que los cuerpos celestes ejercen sobre los destinos de la humanidad.

La brillante estrella cuyo fulgor nos admira y la humilde florecilla que tímida se oculta entre la grama, ofreciendo su delicado perfume, están igualmente regidas en su destino por un poder superior.

La ciencia astrológica, guía al hombre por el intrincado laberinto de la vida, haciéndole conocer las leyes del universo; y le enseña que la Tierra, teatro de las luchas y dolores de la humanidad, es un astro que formando parte del mecanismo celeste, está íntimamente relacionado con los demás planetas y constelaciones.

Nuestra personalidad es diferente porque cada uno de nosotros ha recibido distinta influencia de los astros en el momento de nacer, según la posición que ocupaban en el cielo; pero como nada es debido al azar y la ley de justicia rige la vida, el niño viene al mundo en el instante preciso que los planetas y constelaciones le

darán las tendencias para actuar con aprovechamiento durante su existencia.

La Astrología es antiquísima y en el pueblo caldeo floreció con gran esplendor; también la conocieron los babilonios, los persas y los fenicios.

Desde la más remota antigüedad se encuentran en la historia citas astrológicas. Sócrates, Pitágoras, Platón y otros grandes filósofos cultivaron dicha ciencia; su estudio les llevaba a comprender las grandes verdades de la naturaleza.

Se llamaron profetas a los que, conocedores de las influencias estelares, vaticinaban el porvenir y señalaban las fechas en que tendrían lugar los grandes acontecimientos.

Entre los sabios astrólogos que más se han distinguido, podemos citar a Claudio Ptolomeo, autor de dos magníficas obras; una astronómica, «Almagesto», y otra astrológica compuesta de «Los cuatro libros de juicios de los astros».

Santo Tomás de Aquino, gran teólogo y filósofo de prestigio, incorporó la Astrología a su doctrina, afirmando el libre albedrío del hombre y la influencia de los astros. En sus obras hay centenares de páginas sobre dicha ciencia.

Kepler, genio precursor de la Astrología científica, dejó escritos varios tratados, entre los cuales mencionaremos «Nueva disertación sobre los fundamentos de la Astrología» y «Las armonías del mundo».

También se distinguieron en el estudio de los astros, Morin de Villefranche, doctor en medicina y gran profesor, que compuso un voluminoso tratado bajo el título de «Astrología Gallica»; el italiano Luc Gauric distinguido matemático que intervino en la reforma del calendario y enseñó Astrología al papa Pablo III. Su principal trabajo es «Tratado de Astrología». Tycho-Brahê, Cardan, Junctin y tantos otros, rindieron también culto a tan elevada ciencia.

La Astrología se diferencia de la Astronomía, en que ésta estudia los astros desde el punto de vista físico o material, esto es, su constitución, su volumen, sus movimientos, sus distancias; mientras que la ciencia astrológica se basa en las relaciones mútuas de los astros y su influencia en el destino de los hombres.

De gran valor son los conocimientos astrológicos para los padres, maestros, médicos y jueces.

Si los padres saben las inclinaciones de sus hijos, podrán ayudarles a convertir los defectos en cualidades, por medio de una educación apropiada.

El médico diagnosticará con acierto las enfermedades, por conocer las causas ocultas del mal.

Al maestro le será posible encaminar al niño por la senda del bien, trasmutando los vicios en virtudes, porque sabrá las tendencias de su educando.

El juez será menos severo y más justo al saber las causas que han impulsado al delincuente y comprenderá que, amor y no castigo merece el desdichado.

Los astros inclinan, pero no obligan; dándose el caso de que los más atrasados, los que tienen poco firme la voluntad, responden casi por completo a las influencias estelares; y el que con heroismo lucha por avanzar, el que no se arredra ante los contratiempos de la vida, el que lleno de confianza en la Ley no se desespera en medio de las más grandes aflicciones, poniendo toda su voluntad en mejorarse, porque ansía caminar hacia la luz, domina muchas veces las malas influencias reflejadas en su horóscopo, librándose de muchos males señalados en él. En todos los idiomas está escrito: «El hombre docto domina los astros; el indocto es dominado por ellos».

De no ser así el plan divino sería imperfecto; pues, la humanidad aprisionada en las cadenas de sus errores no podría avanzar en su perfeccionamiento y quedaría anulado su esfuerzo, siendo juguete del destino.

¡No existe el fatalismo! En nuestras manos está crearnos un brillante destino, por medio de la facultad más potente y radiante que poseemos: la *Voluntad.*

AQUARIUS





SERVICIO

Por William E. Duckering

Al tratar de resolver el problema del Servicio, existe la posibilidad de perderse en un intrincado laberinto de convencionalismos humanos, si no se hace una selección muy cuidadosa de las premisas. En éste, como en el problema de la Fraternidad, la clave ha de encontrarse en el simple expediente de buscar la solución en la esfera de las causas más que en la de los efectos.

En el problema de la Fraternidad encontraremos la solución en cuanto dejemos de considerarla como un hecho en la naturaleza y busquemos lo único que puede hacer que la Fraternidad sea un hecho. De igual manera, el problema del Servicio resulta maravillosamente sencillo para nuestras mentes, en cuanto nos damos cuenta que, amor puro en acción es Servicio. No puede ser nada más; o viceversa, servicio, que no sea el efecto de una efusión de amor, no es en manera alguna Servicio, sino una mera reacción a un estímulo que nos molesta.

Si amamos realmente a alguien, todo pensamiento es una caricia; cada sentimiento es una expresión de unidad; cada acción es un servicio. Somos incapaces de calcular el precio, ni atesorar los recibos cuando se trata de amor verdadero. Quizás no debiéramos decir amor verdadero, amor real o amor puro; sino simplemente amor. La dificultad está en que hay tantas cosas que se encubren bajo el nombre de amor, que necesitamos esos adjetivos para fijar la conciencia y desprendernos de la enorme carga superflua cristalizada alrededor de la idea. Amor puro o amor verdadero no calcula lo que cuesta el amar, porque es causa y no efecto. Cuando tratamos con causas no nos preocupamos de materiales o precios, de posesiones o privaciones. Somos como el que reside en las orillas del océano. La marea sube y baja; las olas se levantan o caen; pero el océano permanece siempre el mismo, sin que despierte en nosotros deseo de atesorar sus aguas o reservárnoslo entero para nosotros solos.

La idea de las posesiones nace del temor de perderlas. Dándonos cuenta de que no nos pertenecen realmente, de que no pueden perdurar, nos aferramos a ellas por el placer transitorío de poseerlas y advertimos a otros para que se alejen de lo que nos per-

tenece. De esta idea de posesión y separación surge la idea de dar a otros. Pero, antes de que podamos desprendernos de algo, debemos sentir la sensación de la propiedad; sin embargo, el sentimiento de propiedad no es más que el reconocimiento instintivo de que, después de todo, el objeto no es realmente nuestro. Somos la vida misma. ¿Qué podemos poseer? Todas las posesiones y objetos no son más que modos transitorios de expresar actividad creadora; pero después de haberlas creado, no son más nuestras que el sonido arrancado al instrumento es del músico. Cuando el músico ejecuta, el sonido se difunde para todos los que estén a su alcance y aunque se encierre en bóvedas a prueba de sonidos, su experiencia no se enriquecerá en lo más mínimo. El músico puede poner toda su alma en la producción; pero su exaltación, su instante de realidad viviente, surge del éxtasis de crear, no de la cosa creada. En el momento que es consciente de que da su creación a otro, cesa de crear. El dar consciente es como viento que arroja tierra a nuestros ojos, cegándonos a las bellezas de la vida.

Nos es casi imposible el divorciarnos del sentimiento de que las posesiones son esenciales y de que en cierto modo nos pertenecen. La civilización entera está edificada sobre esta idea de propiedad y riqueza y se hace necesario orillar el banco de arena sobre el que se basan las modernas normas del éxito. Naturalmente, eso no es fácil, pero el estrechísimo camino o propósito que nos conduce a la conciencia de la vida, nunca nos ha sido anunciado como dotado de coches camas ni de salones comedores donde podamos engullir un abundante menú de compromisos. Comodidades y compromisos pertenecen a las cosas no esenciales, no a la vida. Nuestras posesiones materiales no son más que la evidencia de nuestros compromisos con el medio ambiente. Caen todas en la categoría de cambalache e intercambio, nada tienen que ver con la espiritualidad, nada con la vida. Pueden desaparecer totalmente en un abrir y cerrar de ojos, sin embargo, la vida persiste, las más de las veces enriquecida, nunca empobrecida por la experiencia.

El *decidir* prestar un servicio, o *decidir* dar algo a alguien, nunca puede ser una realidad viviente, sino un mero intercambio de objetos. Todo servicio verdadero surge espontáneamente al presentarse la oportunidad. No puede preocuparse de los efectos, sea sobre el servidor o sobre el servido. Esto puede sonar como heregía; pero es precisamente, en esa cualidad que descubrimos todo el engaño del llamado servicio. Ordinariamente el dador tampoco elige el recipiendario sobre el que va a prodigar sus dones, sea dinero, errores o ilusiones mentales; pero luego llama la atención sobre la transferencia hecha de su propio tesoro al de

otro. Si no existe una necesidad real, la acción es supérflua y perturbadora. Si existe una necesidad declarada y urgente el alivio ha de ser espontáneo y sin cálculo, o se convierte en un mero intercambio de valores transitorios. La actitud del dador es la que califica la acción como espiritual o de otra manera.

Se ha causado daño incalculable a cada una de las diversas actividades que han nacido bajo la protección de la Sociedad Teosófica, a causa de la actitud de los miembros que consideraron su deber el ofrecer su concurso para el desarrollo de sus movimientos. Unos fueron impulsados a la acción, porque se dijo que un líder reverenciado o un Maestro lo deseaba; otros porque se atribuyó cierto significado espiritual al servicio prestado. Muy pocos encontraron en tales actividadades un medio de expresión de sus más íntimos deseos. Quizás una de las equivocaciones estuvo en las alabanzas frecuentemente prodigadas al grupo de Servidores que habían luchado tan valientemente en muchas campañas. Se manifestaba un cierto orgullo entre aquellos que se consideraban como perteneciendo a dicho grupo; puesto que rodeaba de mayor gloria su afiliación a la Sociedad. Esta misma tendencia se hizo igualmente patente al tratarse de la formación de la Colonia de la Sexta Raza; parecía como si fuera un signo de espiritualidad el señalar a la colonia como futuro campo de actividad. ¡Cuántas veces se ha indicado a individuos como egos avanzados, por el sólo hecho de que actuaban en todas o casi todas las organizaciones que han nacido bajo el abrigo de la Sociedad! Estas observaciones no han de considerarse como desaprobando la formación de tales organizaciones. Cada una de ellas fué el resultado de esfuerzos individuales, para expresar sus ideales en acción. La implicación de que el soportarlas era cuestión de iluminación y que la indiferencia o mera tolerancia era signo de inercia espiritual, disipó la energía vital de esas actividades y entorpeció el desenvolvimiento espiritual de muchos miembros de la Sociedad.

Una distinción parecida puede hacerse en relación con el alistamiento de ejércitos, voluntarios y mercenarios. El voluntario se alista libremente por amor a una cosa u otra y encuentra en la lucha el medio de expresar su ideal; el mercenario tiene más interés en las raciones y en la paga. Bajo ciertas condiciones, hasta el voluntario puede ser arrastrado por miedo a las críticas de sus compañeros. Siempre se ha visto que los más abnegados luchadores son aquellos arrastrados por un impulso interno muy poderoso. Para ellos la paga es incidental. Estos buscan la muerte en sus propias cavernas y la incitan en cada recodo. ¿Cómo se puede, preguntamos, dar la vida sin reservas y libremente cuando se persiguen simultáneamente muchas y muy variadas actividades? El

verdadero voluntario no puede servir más que a una causa, a un maestro y por esa causa o maestro está dispuesto a ofrecer la misma vida.

¿Es acaso injusto el clasificar como mercenario el llamado servicio prestado por Teósofos? Muchos hay que se dedicaron completa y abnegadamente en su deseo de servir a algo o a alguien. Muchos dieron abundantemente tiempo y dinero que difícilmente podían dar, a fin de ayudar movimientos que no tenían para ellos otro interés que el de impulsar algo que fuese de utilidad a otros. De ese mismo entusiasmo nació, como no podía menos de suceder, la doctrina de que el ayudar un movimiento era una especie de actividad espiritual. Cuando una persona no encuentra en su propio corazón el móvil para una acción, debe necesariamente apoyarse en algo externo. Es doloroso contemplar las energías derramadas por los miembros de la Sociedad, espoleados por la vaga idea de que había que «hacer algo para ayudar al trabajo». No sólo malgastaron sus energías y elevaron barreras entre ellos mismos y cualquier real inteligencia espiritual, sino que cegaron a otros, difundiendo la creencia de que afiliándose a los movimientos y soportándolos materialmente, ayudaban por algún medio oculto al progreso del mundo; eso sin contar el reconocimiento espiritual que obtendrían ellos por esas labores.

En el plano de las causas no hay más que una base de Servicio y ésta es Amor. Cuando el amor es el fuego vivificante de la acción, toda expresión es servicio. El verdadero amante es inconsciente del esfuerzo para servir. Simplemente vierte cuanto es y, en esa efusión, presta la única ayuda que un ser humano puede prestar a otro. En cuestiones espirituales nadie puede ayudar a otro, más allá que avivar la llama del fuego de la verdad, que es vida. Nada más que la vida puede avivar la llama de la vida. Todas las formas, todos los dones de posesión, todos los preceptos y creencias cristalizadas, todas las ofrendas, sean de la clase que sean, no son más que materiales que sofocan y entorpecen el fuego de otro. Sólo la llama se puede unir a la llama. *Amor puro es la llama viviente de la espiritualidad;* no intercambia dones; no necesita insignia de legitimidad. Amor puro es él mismo la norma con la cual todo servicio ha de medirse.

¿No se ve claro el daño considerable que se ha hecho con la atmósfera que persistentemente se ha formado alrededor de cuestiones vitales con respecto al servicio? Servicio ha sido sacado de su propia esfera y se lo ha convertido en una causa; se lo ha considerado como una fuente de valores espirituales y de consiguiente se ha hecho de él un fin en sí mismo. Hasta que nos convenzamos de que la única medida del progreso espiritual del individuo

es el desenvolvimiento de su propia y única perfección, de que ésta es la única que da tal carácter espiritual y que, desde el punto de vista de la verdad eterna, todo lo demás es un entorpecimiento efectivo, no será posible encontrar la salida del laberinto de convencionalismos humanos y señalar el camino de la perfecta fusión de las actividades humanas.

Verdadero servicio es una efusión de vida que surge de la conciencia interna. Si no es un efecto de la expansión de conciencia, Servicio no es más que una mera reacción. Muchos de nuestros esfuerzos al dar ayuda personal a otros, para resolver sus problemas, descienden a una comprensión mental con la que tratamos de despejar la pesada atmósfera del necesitado. La miseria quiere compañía; pero no para hacerla desaparecer. Sin embargo, no ayudamos a la persona, lo único que hacemos es intensificar sus ideas de que su miseria es única y fuera de lo ordinario.

En todas las edades, las bibliotecas han estado dotadas de volúmenes en que se trata de los males y miserias humanas. No haremos nada útil si aumentamos esos males siguiendo los circunloquios de la mente en su apasionado instinto para eludir la comprensión. La mente nos ha dominado durante mucho tiempo y teme que su predominio pase a un tributo más elevado de la conciencia y poco comprendemos y no nos damos cuenta que con gran astucia se esfuerza incesantemente en desviar a la conciencia hacia callejones sin salida del pensamiento. Mientras encaremos el problema del servicio bajo la imperiosa influencia de la mente, tendremos forzosamente que perdernos en el laberinto de necesidades contradictorias y demandas de la forma. Sólo siguiendo el hilo de la vida podremos llegar a una posible solución. La mente entreteje complicados sistemas de razonamiento para justificar la acción, inventa servicios a prestar; sin embargo, se resiste a admitir la posibilidad de liberar a la vida como única solución. Pero una vez que la vida es libre para actuar como causa de toda acción, pensamiento y sentimiento, la mente como brioso y noble corcel se transforma en un fiel compañero y servidor.

Permítasenos reiterar nuevamente que, Amor puro en acción es Servicio; pero no confundamos servicio con meras obras. Cuanto menos nos inspire el amor más necesitamos de las obras para demostrar su existencia. El Amor puro no se preocupa de las obras. Simplemente se difunde en servicio, como expresión espontánea de sí mismo; pues no puede hacer otra cosa. Servicio que no sea libre, una liberación absoluta de vida, origina reacción. El Maestro no exige de nosotros reacción alguna dirigida a El. Estimula el fuego en nosotros, pero no crea el deseo de llegar a ser igual a El, o de prodigarle intenso servicio personal. Los que reac-

cionen hacia El es que no han reconocido al Maestro. La Vida, colmada en El, llama la vida en nosotros y, debido a la perfecta igualdad de naturaleza, no hay reacción. La Vida en nosotros, sujeta como ha estado por falsos sistemas de pensamiento, imaginarios cánones de espiritualidad, ideales cristalizados de servicio y deber, despierta en su presencia y se esfuerza ante el estímulo. ¡Desgraciado de aquel que por falsas reconciliaciones, abyectos compromisos con las conveniencias, y temerosa reverencia a preocupaciones, fuerza a la vida a entrar en la jaula de sus queridas creencias! Al despertar y avivar la llama de la vida en nosotros, el Maestro nos da un ejemplo de la perfección de servicio.

A medida que el amor se purifica, se hace incorruptible y más impersonal, no puede mantenerse abstraído y difuso. Arde con más intensidad que nunca; a medida que se convierte en causa su expresión es cada vez más espiritual. Nada extraño es que exista confusión en las mentes de los que todavía teorizan acerca del amor a sus semejantes. Para estos Servicio es todavía cuestión de deber; amor es sólo una reacción centrada en los mundos de la forma. No tiene importancia el que esas formas sean ideales, moralidades y virtudes elevadas. Sólo alcanzando su propia y única perfección, puede un individuo ayudar a otro. Sólo el amor, como causa, puede elevarse por encima de las obras a las regiones de la acción pura, del servicio real y verdadero.

(De «The Theosophist», vol. LII, n.º 7.)

NOTICIAS Y COMENTARIOS

El Centenario de H. P. B. y la S. T. de Point-Loma.—Tal como venía proyectándose desde hacía mucho tiempo, en Londres se celebró una magna reunión para conmemorar el centenario de H. P. Blavatsky. Gracias a la entusiasta labor de acercamiento y fraternización realizada por algunos teósofos de Norteamérica, ha sido posible que las diferentes sociedades teosóficas del mundo se reunieran bajo un mismo techo. La reunión transcurrió en medio de la mayor cordialidad y entusiasmo. El presidente de la S. T. de Point-Loma, el Dr. Arundale en representación de la S. T. de Adyar y los presidentes de la Sociedad de Antroposofía y S. T. Independiente pronunciaron bellos discursos llenos de efusión y de deseos de ver realizada en un futuro próximo la más estrecha unión entre todos los teósofos del mundo.

George y Rukmini Arundale.—En el «Theosophist» de septiembre nos enteramos que el Sr. George Arundale y su Sra. Rukmini Arundale han estado en Norteamérica. El Dr. Arundale presidió la Convención Nacional de Chicago en donde, según las noticias recibidas, tuvo lugar la más entusiasta celebración del centenario H. P. B. Debían regresar a Europa y permanecer en ella parte de octubre y noviembre, partiendo después para la India a fin de llegar a Bombay sobre el 30 de noviembre. Después de unos pocos días en Bombay irán a Adyar para tomar parte en varias actividades conectadas con la Convención que se celebrará del 24 al 27 de diciembre. El Dr. Arundale tiene el propósito de volver a Europa el próximo verano, y es muy probable que antes de esto pueda visitar Java y Australia. Una de las actividades importantes que tiene propuestas, y que dirigirá, es la apertura de una Escuela Teosófica de Adyar. Desde hace dos semanas la Escuela Nacional y Colegio de Guindy, cerca de Adyar, que ha sido sometido a la influencia de algunos de los laborantes del Cuartel General, de los cuales el Sr. G. V. Subba Rad es el Principal, ha sido transferido al Rishi Valley Madanepalle. Por esto la apertura de una Escuela Teosófica cerca de Adyar, será un nuevo motivo de satisfacción de parte de muchos padres teósofos que desean que sus hijos se pongan en contacto con influencias de naturaleza idealista y religiosa, como las que dimanan de Adyar.

Aniversario de la fundación de la S. T. — El 17 de noviembre cumplirá cincuenta y seis años de la fundación de la Sociedad Teosófica. Fundada en Nueva York en el año 1875, fué incorporada a Adyar, Madrás, en el 1905. Desde entonces que está en Adyar la Sede Central de la Sociedad, cuyo centro de inmensa espirituadad y poder ha sido reconocido por cuantos han estado allí.

A las órdenes de dos grandes Adeptos de la Jerarquía Oculta fué fundada la Sociedad en el mundo externo por H. P. B. y H. S. Olcott. H. P. Blavatsky, le dió el inmenso caudal de enseñanza teosófica, condensado en la Doctrina Secreta y otras obras de incalculable valor. H. S. Olcott le dió una organización mundial. Cuantos estaban hambrientos de conocimiento y verdad pronto respondieron al llamado de los fundadores para cooperar luego con ellos en el trabajo de difusión.

Entre otros, recordamos a Judge, quien secundó el trabajo en Norteamérica. Sinnet, Annie Besant y Pascal, en Europa. Los mismos fundadores la implantaron en la India y por todo el Oriente; más tarde Leadbeater la cultivó por muchos años en Australia y nuestro estimado Dr. Roso de Luna la llevó a la América del Sur. Por esto actualmente está organizada en cuarenta y seis na-

ciones distintas, con 1592 Ramas o Logias, existiendo, además, 31 Sociedades Teosóficas, con sus Ramas y miembros respectivos, que han nacido todas de la misma Sociedad que se fundó en Nueva York.

La S. T. es la piedra angular de las religiones del futuro — se ha dicho. Y el fomentar la fraternidad universal, sin distinción alguna, y cultivar y difundir el evangelio de la Sabiduría Divina es y será siempre un deber para la S. T. hasta tanto estos dos ideales no hayan sido presentados a todos los hombres.

Por esto en estas fechas del aniversario al recordar cuanto la Teosofía ha hecho por nosotros y puede hacer por los demás, nos llena de gratitud y entusiasmo para seguir laborando por su elevado ideal.

Paz mundial.—Otra vez el 11 de noviembre está cerca y en este día, desde la firma del armisticio, multitud de idealistas de todas partes han guardado un minuto de silencio por la paz mundial. En Londres, que es la ciudad más numerosa del mundo, a las 11 en punto de la mañana del día 11 de noviembre, todos los años el tráfico ha sido parado, los agentes oficiales se han cuadrado y el público, que está poseído de un incomparable espíritu de ciudadanía, también ha secundado, dedicando un minuto de silencio para el mismo fin.

Aunque pudieran tildarse de utópicos los movimientos que acerca la paz mundial sostienen algunos indomables idealistas de todo el mundo, son, sin embargo, dignos de toda consideración por cuanto este asunto ha sido tratado seriamente por la Sociedad de Naciones y defendido elocuentemente por políticos como Briand.

Sea lo que fuere, ahora más que nunca y sobre todo por lo que a España se refiere, es necesario que todos los hombres de buena voluntad intensifiquen su pensamiento hacia una era de progreso y de paz, aunando así nuestra fuerza individual a la enorme fuerza espiritual que planea actualmente sobre el mundo y particularmente sobre España, al mismo tiempo que seremos partícipes de esta misma fuerza para difundirla por nuestro derredor.

La Señora Besant. — Por varios conductos hemos tenido noticias de que nuestra venerable Presidente, la Dra. Annie Besant, cayó hace tiempo al subir una escalera lesionándose una rodilla. Este accidente la obligó a guardar cama durante varias semanas.

Añádase a esto que se encuentra agotado su cuerpo físico por el cansancio provinente del sobreesfuerzo realizado en estos últimos años de servicio, que ha sido siempre su característica, lo cual hace más difícil su rápido y completo restablecimiento.

Sin embargo, noticias recibidas últimamente de Adyar dan cuenta de que la lesión ha mejorado bastante, pudiendo ya últimamente andar un poco y habiéndole sido posible asistir a los actos referentes al centenario de H. P. B.

Actualmente está en Adyar, junto con su colaborador el insigne teósofo C. W. Leadbeater, quien no está muy fuerte. Ambos están bajo el cuidado del Sr. Jinarajadasa quien añade esta labor de amor filial a sus enormes tareas de todas clases inherentes al trabajo de dirección que se desarrolla desde Adyar.

Nuestra gratitud hacia ella y sus insignes colaboradores y nuestros más fervientes votos para su pronto y total restablecimiento.

* * *

El 1.° de octubre la Sra. Besant cumplió 84 años, diciendo en el aniversario de su natalicio: «Con placer pensamos de los Maestros como nuestros hermanos mayores, tal como ellos benévolamente se llaman a sí mismos. ¿Estamos prestos a considerar al más empedernido criminal como nuestro hermano menor, que necesita de ternura y atención? Enviemos cada día y durante todo el año que viene un pensamiento de amor a nuestros hermanos menores por todo el mundo.»

El Universo y la Ciencia moderna.—El profesor J. W. F. Masón de Nueva York pone de manifiesto los diferentes puntos de contacto entre la filosofía hindu y los últimos adelantos de la ciencia moderna. Sobretodo en lo que se refiere al «origen fundamental de la materia», ya que la hipótesis del principio termodinámico llamado «ley de antropía» parece ser que merece la aprobación del profesor Nels Bohr de Copenhague y cuenta con el peso de la gran autoridad científica de Alberto Einstein; de consolidarse esta tesis, destruiría la sostenida por Sir Artur Eddington, el erudito astronómico de Cambridge, el cual, aunque sostiene la teoría de la relatividad de Einstein, dice que el Universo está destruyéndose y no se puede rehacer.

En cambio, la teoría de la antropía coincide con los célebres «doce pasos» de Buda y con la ley de la evolución. Esta ley dice que el mundo material una vez expandido al máximo, volverá a contraerse y así sucesivamente; evolución e involución, o bien el primero y segundo pasos de Buda por los cuales el universo sale de la *no* materia para reintegrarse una vez pasado el tiempo necesario a la no-materia también.

De donde se deduce que la ciencia, hasta ahora divorciada de la filosofía, ha cambiado de rumbo para encontrar en la filosofía lo que la materia no puede darle. Otra prueba de ello la tenemos

al aceptar los grandes genios revolucionarios modernos, el «inmediato», o sea el intuitivo, conocimiento de la humanidad. Estas afirmaciones de la ciencia moderna no son más que pruebas irrefutables de cuanto expone la teosofía, que confirma el principio Yoguy de que toda ciencia a su debido tiempo tendrá que aceptar como verdades axiomáticas las enseñanzas orientales que hasta ahora han sido tenidas por ilusiones.

Yadunandan Prasad.—Ha sido una dolorosa sorpresa la noticia de que Yadunandan Prasad ha pasado al más allá, según noticias de California y de Adyar. Cuantos hayan asistido al campamento de Ommen y seguido este movimiento en la Revista de la Estrella sabrán la parte activa y jovial que dedicaba al movimiento de Krishnaji. Actualmente se encontraba en Norteamérica en gira de conferencias anunciando a Krishnamurti y Su Mensaje. Dice el «Theosophist»: «Es difícil para nosotros, especialmente en Adyar, hacernos cargo de que Yadunandan Prasad se ha ido. Después de su regreso de Inglaterra, en donde se graduó en Cambridge, ya sufrió una vez una insolación, pues era muy sensitivo a los efectos del sol. Ha sido ahora por una fuerte congestión que ha hallado la muerte física en Hollywood. La familia Prasad, de Ramna Gaya, ha dado muchos trabajadores al movimiento teosófico, y «Yadu», como afectuosamente se le llamaba, fué uno de los tres hermanos dedicados al trabajo. De estudiante pasó a profesor en el Colegio Central Indio; entonces se fué a Inglaterra a obtener otras distinciones académicas de manera que pudiese ser más útil para el trabajo. De regreso de Inglaterra se dedicó intensamente en el trabajo de Educación Nacional, bajo los auspicios del Trust Teosófico de Educación, la Sociedad para la promoción Nacional de Educación y el presente Rishi Valley Trust, en el cual los dos primeros movimientos se han fundido. Fué también un hermano del Servicio desde el principio de esta Orden. Viajó mucho con Krishnaji, y actualmente se encontraba en Estados Unidos exponiendo las enseñanzas de Krishnamurti. «Yadu» era notable también en juegos—tennis, hockey, football. Fué un ejemplo de la juventud de la India, lleno de idealismo y, sin embargo, con los piés firmemente apoyados sobre la tierra; fué uno de aquellos pocos que pertenecen al Este y al Oeste, juntando lo mejor de los dos. Deja un claro difícil de llenar, aunque sabemos por larga experiencia que a medida que un servidor después de otro es llamado al más allá, pronto aparece un sucesor para ocupar su lugar.»

Impremta de Joan Sallent.—Sant Quirze, 32 i Jovellanos, 26, Sabadell

Teosofía y Sociedad Teosófica

La palabra *Teosofía* significa «Sabiduría divina». La Teosofía es a la vez una filosofía, una religión y una ciencia; pero, opuestamente a lo que muchos pueden creer, no es una religión nueva: es, por decirlo así, la síntesis de todas las religiones, el cuerpo de verdades que constituye el fondo de todas ellas.

La adhesión incondicional a la Verdad es su credo, y honrar toda verdad por los propios actos es su ritual.

Los miembros de la Sociedad Teosófica están ligados entre sí por sólidos lazos de mutuo respeto y amplia tolerancia, a la vez que por una aspiración única: la investigación de la Verdad, donde quiera que se halle.

Estudiar, inquirir, trabajar con ahinco para llegar a la intuición verdadera, esto es, a la percepción clara y directa de la Verdad: he aquí el constante afán del teósofo. De ahí el lema adoptado por la Sociedad Teosófica: NO HAY RELIGIÓN SUPERIOR A LA VERDAD *(Satyât nâsti paro dharmah)*.

La Teosofía pone de manifiesto que, por la sencilla razón de que la Verdad no puede estar en pugna consigo misma, lejos de ser antagonista e incompatible la verdadera Ciencia con la verdadera Religión, reina entre una y otra la armonía más perfecta.

Ayudar a la investigación de la Verdad, aportar al mundo nuevas y sublimes enseñanzas, infundir en la mente ideas de altruísmo, abnegación y espíritu de sacrificio, poner fin a fanáticas intolerancias y enconados antagonismos, a odios inveterados de raza, clase y nacionalidad que acibaran la existencia, cimentar la sociedad humana sobre una firme base de paz y amor fraternal, acelerar la evolución del hombre fomentando su progreso intelectual y moral, elevar a la humanidad, mediante el desarrollo de sus facultades más nobles, hasta un grado de perfección muy superior al que ahora tiene, en una palabra, hacer del hombre un superhombre, un sér semidivino: estos son los fines para que fué fundada la Sociedad Teosófica en Nueva York, el día 17 de Noviembre de 1875, por la veneranda H. P. Blavatsky y el coronel H. S. Olcott, y cuyo actual Presidente es Mrs. Annie Besant, residente en Adyar (Madrás), India inglesa, donde está el Centro principal de la Sociedad, cuyas Ramas se han ido extendiendo rápidamente por todo el orbe.

Objetos de la Sociedad Teosófica

1.° Formar un núcleo de Fraternidad universal de la Humanidad, sin distinción de raza creencia, sexo, casta o color.

2.° Fomentar el estudio comparativo de las religiones, literaturas y ciencias de los Arios y de otros pueblos orientales.

3.° Investigar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre. (Sólo una parte de los miembros de la Sociedad se dedica a este objeto).

La adhesión al primero de estos objetos es indispensable requisito para cualquiera que desee ingresar en la Sociedad Teosófica.

A ninguno de los aspirantes se le pregunta acerca de sus opiniones religiosas ni políticas; pero en cambio se exige a todos, antes de su admisión, la formal promesa de respetar las creencias de los demás miembros.

Libertad de pensamiento

Como quiera que la Sociedad Teosófica se ha difundido ampliamente por todo el mundo civilizado y cuenta en su seno con miembros de todas las religiones que no renuncian a los dogmas peculiares de su respectiva fe, conviene tener muy presente que ninguna doctrina ni opinión, sea quien sea quien la enseñe o mantenga, liga en modo alguno a ningún miembro de la Sociedad, pues todos son libres de aceptarlas o rechazarlas. El único requisito exigido para formar parte de la Sociedad Teosófica es la aceptación de sus tres objetos. Ningún instructor ni tratadista, desde H. P. Blavatsky abajo, tiene autoridad para imponer sus enseñanzas u opiniones a los miembros. Todos los miembros tienen igual derecho para adherirse al instructor o a la escuela filosófica de su elección; pero no tiene derecho para forzar a otro a que abrace la misma opinión. A ningún miembro de la Sociedad Teosófica se le puede negar el derecho de voto y el de ser candidato a los cargos oficiales por causa de las opiniones que mantenga o de la escuela filosófica a que pertenezca, pues las opiniones y creencias no confieren privilegios ni infligen penas. Los miembros del Consejo General ruegan encarecidamente a todos los miembros de la Sociedad Teosófica que mantengan y defiendan estos fundamentales principios de la Sociedad, que obren de conformidad con ellos y sin temor alguno ejerzan su derecho de libertad de pensamiento y el de su consiguiente expresión, dentro de los límites de la cortesía y consideración a los demás.